

**Resenha de *La Revolución Capitalista de Chile*
(1973-2003)
Desde la tradición del liberalismo decimonónico
(1810-1970) a la búsqueda de una utopía
neoconservadora (1973-2003), de Manuel
Gárate Chateau**

HORACIO MAX LARRAÍN¹

Breve biografía del autor del libro

Manuel Gárate Chateau nació en Santiago de Chile en 1972. Licenciado en Historia en 1995. Profesor de Historia y Ciencias Sociales y Licenciado en Educación por la Pontificia Universidad Católica de Chile (2004). Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Chile (2001) y Doctor en Historia y Civilizaciones de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de Paris (EHESS) en 2010. Especialista en historia reciente de Chile y Latinoamérica. Docente en varias universidades. Miembro del comité de redacción de las revistas académicas *Nuevo Mundo* (EHESS) y *Polis*. Fundador del Grupo de Estudios interdisciplinarios sobre Chile (GRESCH), creado en Francia en 2005.

1 Horacio Max Larraín es ingeniero de la Academia Politécnica Naval. Tiene estudios de licenciatura y post-grado en Economía en Dinamarca y en Chile. Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Chile. Master of Arts en European Political Studies de la Universidad de Heidelberg. Diplomado en Estudios Políticos - Estratégicos y en Inteligencia Estratégica. Magíster en Seguridad y Defensa en la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE). Autor de más de 40 artículos y monografías sobre temas de ciencia política. Co-autor del libro *El asalto al Mont-Pelerin: una crónica politológica* (1998). Editor y co-autor del libro *Estudios Políticos Europeos: hechos, tendencias y desafíos de la nueva Europa*, HICAL-KAS (2004). Autor del libro *El Futuro Democrático de Bolivia*, LOM (2007). E-mail: hmlar-rain@gmail.com.

Palabras previas

Puede ocurrir, pero no es usual decir que la lectura de un libro de historia produce fascinación en el lego. Pero fue mi caso con este libro. Un texto escrito con la rigurosidad que se espera de una tesis de doctorado – de la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales de Paris, por añadidura – sin embargo, ameno y sorprendente.

La obra está estructurada en tres partes y cada parte en dos capítulos. La primera está orientada a la construcción de la genealogía del pensamiento liberal económico en Chile cuya data de inicio se remonta a los albores de la república y que se desarrolla durante todo el siglo XIX y principios del XX. La segunda parte se centra en las “profundas transformaciones económicas realizadas durante el régimen militar al mando del general Augusto Pinochet (1973-1990) y sus consecuencias en el discurso económico contemporáneo”. La tercera parte está consagrada a explicar el surgimiento de la sociedad de mercado en Chile a cuya cabeza se encuentra una nueva elite capitalista, moderna pero con rasgos aparentemente contradictorios que amalgama un extremo conservadurismo católico con un radicalismo liberal en lo económico. La investigación resalta el rol jugado por los economistas y su discurso económico en el espacio público.

Durante la lectura del libro es posible reflexionar acerca de una paradoja: mientras durante la mayor parte del siglo XX se vivió por muchos la esperanza y aspiración de una revolución socialista en Chile, cuya máxima expresión fue el gobierno de la Unidad Popular encabezado por el Presidente Salvador Allende, entre 1973 y 1989 se produjo una revolución apoyada por las armas, pero fue capitalista. Una “revolución conservadora”. Mediante la presentación de una gran cantidad de pruebas y argumentos, basados en una infinidad de lecturas, el autor logra dilucidar esta contradicción.

El historial liberal de Chile

El liberalismo económico en combinación con el conservadurismo político y social, no constituyen una novedad en Chile. Hay una larga

historia detrás.

Las ideas neomercantilistas del siglo XVIII se difundieron entre la elite que gobernó a la república en sus primeros años. Ellas defendieron una fuerte presencia e intervención del Estado en la economía, lo cual estuvo en el origen de las críticas de pensadores liberales como Adam Smith o David Hume.

Hacia mediados del siglo XIX, sin embargo, las ideas de la teoría económica liberal clásica arribaron a Chile con el influyente catedrático francés de economía política, Jean-Gustave Courcelle-Seneuil (1813-1892), instalándose entre la elite chilena un consenso económico liberal el cual, crisis y depresión de los años 1870 mediante, habría de durar hasta su derrumbe asociado al crack de la Bolsa de 1929 y la Gran Depresión mundial que le siguió. Un informe de 1933, elaborado por la Liga de las Naciones, estimó que Chile había sido el país más afectado por la crisis económica

A partir de esta catástrofe liberal, un nuevo paradigma de nacionalismo económico y de intervención contra cíclica del Estado en la economía comenzó a imponerse en el mundo capitalista. En los Estados Unidos un cuerpo de políticas públicas conocidas como el New Deal, inspiradas en el pensamiento del economista inglés John Maynard Keynes, fue implementado por el Presidente Franklin Delano Roosevelt.

En Chile, el período 1932-1938 resultó en una evolución económica desde el liberalismo de antes de la Gran Depresión hacia el nacionalismo económico. Una transición caracterizada por un liberalismo pragmático aplicado por el Ministro de Hacienda del período, Gustavo Ross Santa María, conocida como Ross Regime. Según el autor, habría sido el último intento de insertar al país en la economía capitalista global antes del llamado período del Estado de Compromiso (1938-1970).

A este nuevo prototipo también se le denominó el modelo de Industrialización y Sustitución de Importaciones (ISI), en el cual dominó la planificación y la teoría estructuralista defendida por los economistas y técnicos inspirados por las orientaciones de la Comisión Económica

para América Latina y el Caribe (CEPAL), organismo dependiente de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) cuya sede desde su creación en 1948 está en Santiago de Chile.

La economía keynesiana pasó así a dominar el ambiente post Gran Depresión y su influencia se extendió a lo largo de unas cuatro décadas.

La contrarrevolución monetarista. El rol del economista

La Universidad de Chicago fue creada en 1892, gracias a generosas donaciones de poderosos industriales, entre los que se contaba John D. Rockefeller, por lo cual algunos contemporáneos se refirieron peyorativamente a ella como la Universidad de la Standard Oil. Esto generó la reputación de la Universidad de Chicago como esencialmente conservadora y *pro-business*.

Cuando se mira en perspectiva la instauración por la fuerza desde 1973 de una economía liberal basada en el denominado paradigma neoclásico, resulta imposible no referirse a la influencia de la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago y a la Facultad de Economía de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC). Ambas instituciones formaron parte de un acuerdo de cooperación firmado en 1955, el cual incluía intercambio de profesores y la puesta en marcha de un programa de becas de postgrado para estudiantes chilenos en la Universidad de Chicago.

Las circunstancias inmediatas de la transferencia fueron organizadas minuciosamente. Para ello se envió un grupo de estudiantes chilenos, quienes fueron cuidadosamente seleccionados por profesores de la universidad norteamericana. Con ello se minimizó cualquier posibilidad de distorsión en la socialización de los futuros detentores del conocimiento. Este aislamiento ‘ideológico’ respecto de un continente en plenos cambios sociales, reforzó una cierta idea mesiánica de grupo y de una ‘ciencia perseguida por razones políticas’, ayudando – al mismo tiempo – a resaltar el papel de la Universidad de Chicago como único referente legítimo de estas ideas importadas.

Uno de los elementos centrales de la visión de la escuela económica de Chicago es la definición de su disciplina, y especialmente de su propia corriente como una ciencia positiva, en el mismo plano de las ciencias de la naturaleza.

El economista asume el rol de un reformador radical más allá de la teoría económica pura (o neutra), admitiendo de esta manera el carácter normativo que asigna a su disciplina. No le interesa solo comprender el mundo económico y explicar sus supuestas leyes, sino que transformarlo en lo que debe ser a partir de su particular visión sobre 'lo natural'. Milton Friedman definía a la economía moderna como una ciencia axiomática y matemática, ajena a todo valor no mensurable, es decir, una disciplina anti-histórica que muestra desdén por las tradiciones culturales e intelectuales de la sociedad.

Gremialismo y monetarismo: una fusión renovadora

Durante la década de 1960, surgió en Chile un discurso económico que incorpora elementos liberales, neoclásicos pero políticamente conservadores, como resultado de una fusión entre sectores del catolicismo integrista de la PUC y un sector importante de los economistas formados al alero de la Universidad de Chicago. Esta particular relación entre un materialismo económico liberal de raigambre protestante y un catolicismo cercano del hispanismo peninsular solo se explica por las condiciones de efervescencia política del Chile de la década y por las disputas ideológicas al interior de una universidad relativamente pequeña como la PUC.

En octubre de 1968, el sector conservador organizado en el Movimiento Gremial o Gremialismo y agrupado en torno a su líder Jaime Guzmán², logró ganar las elecciones de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC). Esta pequeña victoria, en medio de una época donde el progresismo parecía imparable, tuvo una profunda

2 Jaime Guzmán pasó a ser el principal ideólogo del régimen militar producto del Golpe de Estado de Septiembre de 1973.

influencia en el surgimiento de una elite de derecha convencida en la posibilidad de éxito de una revolución conservadora. Este sentido mesiánico y volcado hacia el futuro fue preponderante al momento de entender su participación en la transformación económica y cultural que vivió Chile tras el Golpe de Estado de 1973.

La ofensiva conservadora

Los tres años del gobierno de Allende fueron un período en que las disputas y contradicciones políticas e ideológicas que caracterizaron el siglo XX chileno llegaron a un punto máximo, haciendo irreconocibles a los mismos grupos que diez años antes aún se mantenían dentro de un cauce democrático. El país se encontraba en un grado de movilización inédito, exigiendo al máximo los engranajes del modelo de Estado de Compromiso al cual los sectores conservadores ya habían decidido poner fecha de expiración.

Fue así como la derecha y prácticamente toda la comunidad empresarial concluyó que el ‘remedio’ para la situación política y económica de Chile debía ser extremo. Este punto es muy importante, porque con ello no solo se plantea que estuvieron a favor de una salida de fuerza a través de un golpe de Estado, sino que asumieron que el modelo instaurado con posterioridad a este no podía ser similar al sistema de Estado de Compromiso, sindicado como culpable de la crisis en última instancia, sino algo absoluta y radicalmente distinto. Por primera vez la derecha chilena comenzaba a vislumbrar un proyecto de cambio revolucionario y no solo una idea de restauración o de reacción.

El día después

Al momento de dar el Golpe de Estado de septiembre de 1973, los militares no contaban con un proyecto económico consensuado ni menos un modelo fundacional de país. Ello se fue constituyendo durante los primeros meses e incluso años del régimen (al menos hasta 1975-77). Fue necesaria una labor de convencimiento sobre los militares, especialmente respecto de Pinochet, el advenedizo y último en sumarse a la conspiración, puesto que la mayor parte de

los oficiales golpistas eran cercanos al nacional-desarrollismo estatal. Hoy en día la teoría más plausible es justamente la que sostiene que esta falta de proyecto de Pinochet y su necesidad de afirmarse en el poder y legitimarse, fue lo que lo incitó a buscar un proyecto propio, revolucionario e incluso fundacional.

El tratamiento de *shock* y el ‘milagro económico’

En 1975, Pinochet da un golpe de timón económico, apoyando la estrategia de tratamiento de shock propuesta por los monetaristas por sobre la aproximación gradualista del sector militar desarrollista. Con ello desplazó definitivamente al grupo original de generales que estuvo detrás del Golpe de 1973 y se consolidó en el poder.

La fase de implementación ideológica del modelo neoliberal fue denominada como el *Plan de Recuperación Económica*, aunque la mayor parte de la literatura sobre el tema se refiere a esta etapa como el plan o tratamiento de *shock*. Con ello, más allá de querer sepultar el experimento socialista de la Unidad Popular, los Chicago Boys buscaban dar término definitivo al modelo de economía protegida que surgió tímidamente tras la crisis mundial de 1929-1930 y el Estado de Compromiso que tomó fuerza a partir de 1938.

La política de shock generó una profunda recesión en la economía chilena, con caídas de la producción industrial de hasta un 28% en 1975 y una caída del Producto Interno Bruto (PIB) cercana al 13%. El desempleo se elevó a principios de 1976 a casi un 20%, mientras que los salarios reales habían caído cerca de un 40% respecto del nivel que tenían en 1970. La fuerte restricción monetaria generó un alza sustancial en el costo del crédito, con tasas de interés que subieron desde un 9,6% a un 20% durante 1975. Sin embargo, al final del primer año, la inflación tampoco se había reducido en los términos esperados, siendo bastante cercana a la del año anterior (343% frente a 369%).

Una vez superada la parte más dura del ajuste de *shock* iniciado en 1975, solo en 1977 se observaron cifras que mostraron una importante recuperación. Los indicadores económicos mostrados por el régimen

militar parecieron en un primer momento notables. Según Patricio Meller, algunos de los más importantes fueron: la caída de la inflación anual de 600-1.000%, en 1973, a menos de 10% en 1981; una tasa promedio anual de crecimiento del 8% entre 1976 y 1981; un aumento de tres a cuatro veces en el volumen de exportaciones respecto a 1973; las reservas internacionales del Banco Central aumentaron desde US\$ 167 millones en 1973 a US\$ 4.074 millones en 1980; el déficit público que había sido de 21% del PIB en 1973, registró un superávit de 5,5% y 2,9% en 1980 y 1981, respectivamente; los salarios reales aumentaron en 9% por año durante la mayor parte de los años del 'milagro'. Sin embargo, el mismo economista sostiene que este 'milagro económico' estuvo asociado a un '*boom* de importaciones' y a un '*boom* especulativo'.

Los desequilibrios producidos por la política monetarista ortodoxa ya habían comenzado a mostrar signos preocupantes. La tasa de desempleo se había mantenido cercana al 15%, por un período superior a seis años. Las remuneraciones reales habían caído más del 60% respecto a sus niveles de 1970. Incluso las buenas cifras de la balanza comercial y la importante acumulación de reservas internacionales tenían su explicación en el fuerte ingreso de créditos externos baratos, especialmente de los provenientes de los llamados 'petrodólares'.

La crisis financiera de 1982 generó un fenómeno de re-estatización acelerada, especialmente de los bancos en situación de quiebra y de muchas empresas que estaban endeudadas con aquellos. La insolvencia masiva de la banca, que incluyó la quiebra de dos de las mayores instituciones financieras chilenas, provocó una masiva concentración de los medios de producción en manos de Estado hacia fines de 1983.

El fin de la antigua democracia y la nueva institucionalidad

El fin del antiguo modelo de Estado de Compromiso y de una economía sustitutiva de importaciones, no se completaría sin un marco institucional que permitiera asegurar la proyección en el tiempo del nuevo modelo liberal de economía abierta y de democracia restringida. Si el régimen aspiraba a un verdadero cambio revolucionario que

impidiera cualquier intento de retorno al modelo anterior, entonces debía planificar el futuro, sus instituciones y especialmente el funcionamiento de la democracia.

Según los principales ideólogos del régimen militar, entre los que destaca Jaime Guzmán Errázuriz, el carácter permisivo de la democracia liberal consagrada en la Constitución de 1925 había llevado al país a un exceso de politización. La concepción de la democracia como fin y la política como medio de transformar la sociedad, habían sido el talón de Aquiles del viejo modelo. Para evitar que esto volviera a ocurrir, era necesario idear un modelo constitucional que, manteniendo en teoría el valor del sufragio universal y el predominio de la mayoría sobre la minoría, permitiese convertir a la democracia en un mecanismo meramente instrumental al servicio de un poder altamente jerarquizado. Con esto podía controlarse a la política y a los partidos, convirtiéndolos en simples corrientes de opinión. De esta manera, se evitaría toda tentativa de cambio radical a nivel político y especialmente del sistema económico.

Las reformas políticas implican una nueva institucionalidad, el fin de la antigua democracia y la creación de una democracia instrumental – heredera del pensamiento de Friedrich August von Hayek – por sobre las antiguas ideas corporativistas de origen católico tradicionalista. El sufragio universal, si bien no desaparece, su efecto se agotaría en la misma elección. La idea de la soberanía nacional y no popular, principio que justifica la invención de los senadores designados y un Tribunal Constitucional con amplios poderes, se complementa con otras instituciones como el Consejo de Seguridad Nacional, el sistema electoral binominal, la autonomía de las fuerzas armadas, presidencialismo fuerte y parlamento debilitado.

Todo lo anterior apuntaba a controlar el poder legislativo democráticamente elegido y a evitar que una mayoría alterase los elementos fundamentales de la nueva institucionalidad. Para asegurar esto, se estableció que los garantes de la nueva institucionalidad serían las Fuerzas Armadas, con lo cual estas quedaban amarradas a la deliberación política y a la defensa de los principios indicados.

Como si lo anterior fuera poco, y para evitar cualquier intento de modificar la nueva Constitución, se estableció un quórum calificado de 2/3 de los votos de ambas cámaras legislativas para intentar cualquier reforma a la misma. Además, en las postrimerías del régimen militar, es decir, los días previos al traspaso del gobierno a las nuevas autoridades elegidas, el poder legislativo representado por un miembro de la junta militar, dictó varias leyes de alto quórum llamadas orgánicas constitucionales que reorganizaron diversos aspectos de la vida republicana, entre ellos la educación.

Como bien lo definió la historiadora Sofía Correa Sutil:

Con la institucionalidad política amarrada a través de una nueva Constitución y con el orden neoliberal bien asegurado, Jaime Guzmán, quien también ha diseñado el itinerario político del régimen que debía culminar en una entrega del gobierno a los civiles, toma distancia de Pinochet como única manera de despersonalizar la institucionalidad recién creada, y organiza un partido político (la Unión Democrática Independiente) para insertarse en la nueva democracia instrumental que estaba prevista en el itinerario institucional que él mismo había planificado. (falta referencia bibliográfica)

Las modernizaciones claves

Las reformas estructurales económicas realizadas en Chile durante el régimen militar (1973-1989), si bien no resultan tan distintas de aquellas aplicadas en la región latinoamericana desde mediados de la década de 1980 y 1990, sí constituyen un ejemplo único por haber empezado tempranamente, con un sesgo ortodoxo y en un contexto de marcado autoritarismo. Por tales razones fueron llevadas a cabo de forma rápida, especialmente los primeros años, y con profundidad. No obstante, el proceso se prolongó hasta los últimos días del régimen militar.

Autores como Ricardo Ffrench-Davis y Bárbara Stallings distinguen los períodos que caracterizaron a las reformas estructurales durante el régimen.

El primero (1973-1981) se caracterizó por la aplicación rígida e ideológica de un conjunto de reformas estructurales y políticas macroeconómicas que derivaron en un desempeño altamente volátil, culminando en la crisis cambiaria y bancaria de 1982.

El segundo (1982-1984) comprende la gestión propia de la crisis y sus repercusiones inmediatas, cuando se revirtieron las reformas previas para encarar la peor crisis económica de Chile desde 1930. Muchas de estas reformas implicaron intervención del Estado en la economía y el recurso de políticas expansivas. Fue el período de mayor heterodoxia respecto a la doctrina monetarista del equipo económico de Chicago.

El tercero (1985-1989) marca el retorno a la idea inicial de las reformas pero con una gestión más flexible y pragmática, especialmente respecto del corto plazo y los equilibrios macroeconómicos. Se produjo un repunte económico posterior a la crisis y se retomó el proceso de privatización de las empresas del Estado.

Las reformas sociales, debido a su alcance e impacto a largo plazo en la población, solo comenzaron a ser implantadas una vez afianzado el poder del general Pinochet al interior de la Junta de Gobierno y cuando ya había pasado el peor momento de la represión sobre las organizaciones sociales. Las principales reformas sociales fueron la reforma laboral, la reforma al sistema de pensiones, la reforma de la salud y la reforma a la educación.

Una nueva elite tecnocrática

Una vez recuperada la democracia en 1990, la conducción de la política económica chilena fue traspasada desde la segunda generación del grupo de Chicago a otro equipo de economistas pertenecientes, en su gran mayoría, al centro de estudios Corporación de Investigaciones Económicas para América Latina (CIEPLAN), y quienes justamente habían elaborado, en la oposición al régimen de Pinochet y desde mediados de 1970, una serie de estudios sistemáticos en donde se evaluaron y criticaron las políticas económicas implementadas por la

dictadura militar.

“Si bien hemos constatado que la crítica a la política económica del régimen militar fue una constante en el trabajo científico de CIEPLAN”...”esto no se tradujo en la gestación de un modelo alternativo de desarrollo económico, ni menos en una versión actualizada del estructuralismo de la CEPAL.” (2012:348).

El grupo de economistas de CIEPLAN había apostado por una línea de consenso y de no confrontación con los grandes empresarios, mayoritariamente favorables al general Pinochet.

No obstante, la experiencia económica chilena, vista en la perspectiva que entregan los treinta años transcurridos entre 1973 y 2003, tiene un carácter híbrido, que se refleja en el hecho de que posee numerosos elementos de continuidad y otros de cambio.

Chile y las recomendaciones del Consenso de Washington (CW)

El concepto Consenso de Washington fue acuñado en 1989 por el economista estadounidense John Williamson para resumir las que, a su juicio, eran las diez recomendaciones de política económica consensuadas por los organismos internacionales de crédito para asegurar el crecimiento de las economías latinoamericanas. Grosso modo pueden ser resumidas en ciertas medidas tales como: disciplina fiscal, reordenamiento del gasto público, reforma tributaria, liberalización de las tasas de interés, tasa cambiaria competitiva, liberalización del comercio internacional, liberalización de la entrada de inversiones extranjeras directas, privatización de empresas del Estado, desregulación de los mercados (especialmente financieros), derechos de propiedad asegurados y expandidos a toda la población (especialmente del sector informal).

Al revisar las medidas, resulta evidente que gran parte de estas reformas ya habían sido llevadas a cabo por las autoridades económicas chilenas desde mediados de la década de 1970. Las recomendaciones del CW se ajustaban al ascenso de la economía neoclásica desde fines de los años 60s, con su crítica al papel del Estado y su enfoque pro mercado.

Chile más que convertirse en un seguidor de las recomendaciones del CW, fue uno de sus modelos, pues ya había realizado la mayor parte de las transformaciones durante la década de 1970 y 1980.

La evolución de la política económica chilena durante la transición democrática, y de sus discursos asociados, no se desligan del contexto internacional y regional. En tal sentido, Chile se convirtió en un ejemplo de modernización económica para los organismos internacionales de crédito, especialmente aquellos relacionados con las instituciones surgidas de los acuerdos de Bretton Woods, el FMI y el Banco Mundial. El país apareció como pionero en la implementación de una modernización económica neoclásica en línea con las recomendaciones del FMI y con el nuevo discurso de la ‘revolución conservadora’ pregonado por los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher.

Por qué hablamos de ‘revolución’

En su capítulo final el autor concluye lo siguiente:

“Si sostenemos la existencia de un cambio radical de la sociedad chilena y del sistema económico hacia un liberalismo extremo a partir de 1975, entonces debemos poder compararlo con otro período en que dicho pensamiento haya sido predominante en el país. Fue así como optamos por explicar la evolución del pensamiento económico liberal en Chile desde principios del siglo XIX hasta su crisis y casi desaparición entre 1930 y 1973. Solo cuando contamos con estos antecedentes, estuvimos en condiciones de afirmar que lo sucedido durante los últimos treinta y cinco años constituye un cambio inédito en la concepción de la Economía Política en Chile, y que bien podemos usar el concepto de ‘revolución’ para referirnos a ello” (2012:521)

Breve análisis de la coyuntura actual

¿Fue la conducción económica de la Concertación de carácter ortodoxo neoliberal o fue pragmática? El texto centra la atención en dos visiones relevantes a juicio del autor: una estrategia de desarrollo liberal-pragmática (incremental) y la otra calificada como ortodoxa o definitivamente neoliberal.

Estas visiones constituyeron el núcleo en el que se centró la discusión ideológica interna de la coalición de gobierno durante la transición. Los llamados auto-flagelantes culparon a los gobiernos de no estar efectuando cambios sustanciales a las estructuras económico-sociales heredadas de la dictadura, mientras que los llamados auto-complacientes, generalmente ubicados en las esferas del poder, consideraban que tanto los cambios introducidos como el progreso social alcanzado entre 1990 y 2010 avalaban las políticas públicas asumidas por los gobiernos de la Concertación.

Como sea, esta ruptura fue clave para que la centro-izquierda fuera dividida a la elección presidencial de Noviembre de 2009 y perdiera su opción de continuar en el poder.

Los movimientos estudiantiles que irrumpieron con fuerza en el curso del año 2011 pusieron en tela de juicio el modelo neoliberal de libre mercado aplicado a la educación, exigiendo al Estado retomar la responsabilidad por la educación y ampliar su gratuidad, una tradición más que centenaria de estado docente que fue abruptamente interrumpida por la revolución capitalista durante el régimen de Pinochet.

El fuerte apoyo ciudadano, cercano al 80% de aprobación a las demandas estudiantiles, sumado a los numerosos escándalos relacionados con diversas empresas, desde la colusión de las cadenas de farmacias hasta un fraude masivo protagonizado por una importante cadena de *retail*, han estimulado el protagonismo de grupos de la sociedad civil que reclaman cambios sustantivos a las estructuras del *laissez faire* impuestas por la revolución capitalista.

Es difícil saber si la evolución del ánimo de muchos chilenos desde una

sensación de malestar extendida, que fue señalada hace algún tiempo atrás por un informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), hacia un rechazo del modelo tiene elementos de influencia exógena que se relacionan con las protestas a nivel global producto de la última crisis o bien es una señal de que el primer país en experimentar una revolución capitalista de esta naturaleza también sea el primero en desear darle término.

En cualquier caso, el entrampamiento institucional heredado de los ideólogos de la dictadura, que no permite al sistema político dar curso a la satisfacción de las demandas ciudadanas, es un factor importante a tomar en consideración en el análisis de la situación actual y su desarrollo futuro.

El libro que hemos reseñado provee, a nuestro juicio, las claves necesarias para entender el Chile de nuestros días, la coyuntura y su posible desenlace.

Comentario final

Entre las características destacables de esta interesante obra, podríamos decir que el autor no pierde nunca el hilo argumental en pos del objetivo de probar su hipótesis. Utiliza un lenguaje directo, pudiendo explicar complejos conceptos de economía política de una manera clara y pedagógica. Destaca de forma amena ciertas paradojas de la Historia relatada, la cual cubre no solamente los aspectos económicos del desarrollo de la 'revolución' capitalista sino también aquellos no menos importantes de carácter político y social. Su bibliografía de referencia es amplia e incluyente en el sentido de consultar y exponer visiones ideológicas diversas. Una extensa lista de abreviaciones completa esta importante obra.

Referências Bibliográficas

CHATEAU, Manuel Gárate. (2012), *La Revolución Capitalista de Chile (1973-2003)*. Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Recebido em 13/06/2012
Aprovado em 25/07/2012